

Más allá de la participación... ¡más democracia!

El artículo pretende llevar al lector hacia un compromiso militante con la educación crítica y los valores democráticos. Además de hacer propuestas para la participación en la escuela, plantea revisar las propias prácticas y dar un paso más en el reconocimiento de la diferencia desde una posición de estatus y de igualdad para que todas las voces de la comunidad educativa tengan un valor y una capacidad de propuesta equivalente.



Marta Comas Sàbat

Doctora en Sociología de la educación, profesora de la UAB y responsable de la unidad de investigación del Consorci d'Educació de Barcelona

EDUCAR EN LIBERTAD Y EN SOLIDARIDAD A PARTES IGUALES

Hace unos días, mientras esbozaba este artículo, hice una pausa para dar la cena a mi nieto de un año, y de repente vi claro dónde empieza todo. El caso es que su madre se ha apuntado con un convencimiento férreo al modelo de destete e introducción a la alimentación sólida denominado *baby led weaning*, por el contrario conocido entre las abuelas como «aquella marranada en la que los bebés guarrean la comida con las manos». Confieso que inicialmente yo ponía una cierta resistencia, pero ahora observo fascinada cómo el niño, totalmente concentrado en el plato de verdura, va eligiendo primero todo lo que es de color naranja (zanahoria, boniato, calabaza), después se esfuerza por pillar uno a uno los guisantes con sus deditos redondos y me mira risueño cuando lo consigue, y al final muerde un tomate cherry y estalla en risas cuando le revienta en la boca. Toda una fiesta que se habría perdido si yo le hubiera ido acercando una cuchara voladora con un puré insípido, demasiado deprisa o demasiado despacio. También se lo habría perdido si le hubiera distraído con cuentos, juguetes o videos, que no le habrían dejado paladear ni centrarse con los cinco sentidos en la comida. El fundamento del *baby led weaning* es que si los bebés

han sido capaces de autorregular su alimentación durante el amamantamiento también pueden seguir gestionándolo en el paso a la alimentación sólida con una actitud interesada y autónoma que los posicionará sustantivamente ante el hecho de alimentarse. Todo ello con solo una condición: que los adultos estén dispuestos a ser pacientes, a no anticiparse, a confiar en que los bebés saben atragantarse, a respetar su ritmo, a preparar los cortes, los cocidos o los crudos, y a estar dispuestos a limpiar los restos cuando acaben.

No es necesario que aclare muchas cosas más: sabemos que la democracia no es viable sin personas autónomas y responsables implicadas en lo que nos concierne como sociedad. Un buen punto de partida para un desarrollo autónomo y responsable tiene mucho que ver con esta «actitud Montessori» de unos adultos que están, pero que no ahogan, ni sobreprotegiendo ni infantilizando, y que hacen posible la experiencia del descubrimiento generando entornos seguros donde las criaturas son quienes conducen sus propias experiencias de aprendizaje. Hasta aquí la metáfora del niño disfrutando a solas del acto de alimentarse en primera persona.

Esta es una metáfora que podríamos alargar unos meses hasta la escena del grupo de niños y niñas compitiendo para llevarse la pieza más jugosa, porque también sabemos que solo con autono-

mía, con capacidad de voz y de agencia la democracia podría convertirse en un monstruo injusto al servicio de los más fuertes, y que en paralelo al apoderamiento habrá que educar y ejercitar en la empatía y en la conciencia profunda de la interdependencia de la vida, la de las personas entre nosotros (nos necesitamos) y la de los humanos con el resto de seres vivos con los que compartimos un planeta agotado. Aquí es donde la escuela entra en escena, en la toma de conciencia del bien común.

En las siguientes páginas repasaremos cómo los principios básicos de la democracia se podan y se deben cultivar en la escuela, pero no desde la retórica, sino desde unas prácticas implicadas y transformadoras que nos hagan a la vez libres y corresponsables del devenir como sociedad. También veremos que, en efecto, este es el sentido final de la educación.

EL SENTIDO RADICAL DE LA DEMOCRACIA

Fue establecido por los griegos al concebir «la política como la tarea colectiva de definir y defender de manera consensuada el interés común». Lo escribe el helenista Pedro Olalla a la vez que nos recuerda que el orden de prioridades democráticas que establecieron los clásicos situaban el respeto a la naturaleza y la armonización de la sociedad con la vida natural, en primer lugar; en segundo lugar ponían la distribución de los recursos y de los bienes para la supervivencia defendiendo el interés común; por último, reclamaban que fuera la política la que regulara las fuerzas de la economía procurando el bienestar de todos.

Desgraciadamente, más de dos mil años de historia han puesto de manifiesto que este modelo radical de democracia ha sido más utópico que real, y las civilizaciones han ido basculando entre las fuerzas «oligárquicas» y las «emancipadoras». La extensa investigación del politólogo Robert Dahl, estudiando las democracias a lo largo de la historia en todo el mundo, concluye que en ningún caso se cumplen los indicadores que permitirían afirmar que una sociedad es democrática. Me entretengo con ello porque se puede trasladar perfectamente a los centros educativos o a las organizaciones sociales y ver cuán lejos (o cerca) estamos de lograr la

Educar por la libertad y la fraternidad exige convencimiento, firmeza y valentía. El aprender a aprender y el aprender a vivir juntos de Delors sigue teniendo más vigencia que nunca

utopía de la democracia en el entorno donde nos desarrollamos. Son indicadores que responden a la cuestión de si todas las personas (sin hacer distinciones) tienen igualdad de condiciones para: 1) formular sus preferencias, 2) manifestarlas públicamente y 3) recibir por parte del gobierno igualdad de trato sea cual sea el contenido o el origen de las mencionadas preferencias. Para que esta igualdad de trato sea posible, deben darse unas condiciones de libertad, unas condiciones de juego democrático y unas condiciones de igualdad que la Administración (o la organización escolar) tiene que garantizar.

Justamente el campo de las condiciones es el que podemos modelar desde los centros educativos aprovechando la posibilidad de «laboratorio» que nos da la autonomía de centro. Se abre una ventana de oportunidad que debería conjurar la sensación amarga de que «la escuela ya no se ve como una institución capaz de encarnar el bien común», según decía recientemente Philippe Meirieu. El mismo Meirieu, sin embargo, acaba el escrito reclamando con urgencia el compromiso de quienes conforman la comunidad educativa para restituir en la escuela su valor cívico principal.



El campo de juego está claro, y ahora solo hay que jugar la partida, embarrarse, saltar a la arena y dejar de mirarlo todo desde la barrera. A continuación os hago tres propuestas para una educación democrática voluntariamente sesgadas hacia donde la profesión y la vida no se pueden deslindar, el lugar de la experiencia pensada (ahora la llamamos práctica reflexiva), que no bebe únicamente de la emoción (con solo pasión sería difícil construir nada) ni se encalla en razones (que sufren el riesgo del dogmatismo). El propio Philippe Meirieu, en las horas trágicas para la profesión docente después de los atentados terroristas, recuerda que educar por la libertad y la fraternidad exige convencimiento, firmeza y valentía.

EL COMPROMISO MILITANTE DE LOS DOCENTES PARA SUBVERTIR LOS ROLES DE PODER

Cuando Martha Nussbaum plantea por qué la democracia necesita de las humanidades, coloca en un claro antagonismo las pedagogías orientadas al mercado (al lucro y la rentabilidad) respecto a las que se proponen educar para la democracia. Nussbaum denuncia la primacía que se ha dado a los campos científico-técnicos en detrimento de las artes y de las humanidades, que considera capacidades vitales para la salud democrática y para la creación de una cultura internacional digna. La lista de autores que vinculan los aprendizajes de valores de ciudadanía al espíritu crítico y a

Desde los centros educativos se debería conjurar la sensación amarga de que la escuela ya no se ve como una institución capaz de encarnar el bien común

la tradición de la pedagogía activa es larga y bastante conocida. La pedagogía basada en las preguntas y en la indagación, contrapuesta a un modelo memorístico de transmisión en el que el alumnado recibe de manera pasiva el conocimiento, sería similar a la actitud de la criatura que toma la comida proactivamente.

No es casual ni inocente que nuestros estudiantes todavía hoy pasen más horas sentados escuchando un discurso o haciendo los deberes que les mandan que formulando preguntas o conduciendo autónomamente su aprendizaje desde la indagación y la crítica. Henry Giroux, célebre por la denuncia del currículo oculto de la obediencia, lo dice sin tapujos: «cultivar la ignorancia es una estrategia de dominación deliberada de los poderes corporativos». Giroux nos pone en alerta: las posiciones neoliberales acumulan una larga historia de menosprecio del conocimiento. En el contexto actual, donde los fundamentalismos de todo tipo llegan al poder incluso mediante las urnas (pienso en Putin, Trump o Bolsonaro), aparece una nueva modalidad de fascismo apoyado por los poderes económicos que se extiende por todas partes con el apoyo de una enorme maquinaria de consentimiento implicado: desde los medios de comunicación, desde la cultura mediática y desde las redes sociales se legitima el reino de la ignorancia. Son famosos los análisis de Giroux sobre la industria de la felicidad infantilizante de la gran factoría Walt Disney y sus efectos «narcotizadores» en la ciudadanía. Se aprende a leer y a escribir, pero no a pensar.

FRENTE A ESTO, ¿QUÉ PUEDE HACER LA ESCUELA?

1. La revisión de las prácticas cotidianas desde la perspectiva del privilegio y de la reproducción de las desigualdades

Revisar las relaciones que establecemos con los equipos, el alumnado, las familias

y el personal no docente desde la óptica del feminismo para destapar tratos desiguales entre hombres y mujeres, desde la mirada, desde el reconocimiento de la diferencia y del respeto a la diversidad, y reconociendo el pasado colonial donde arraiga la semilla del racismo y de la indiferencia, o también desde la mirada de quien vive el privilegio del bienestar económico, del confort de una vivienda digna o del acceso a una oferta cultural exquisita y debe ponerse en la piel de quien no llega a final de mes, escucha otras músicas y disfruta o sufre por cosas que ni imaginamos.

La pregunta relevante es si todas las criaturas y todos los jóvenes que pasan por la escuela encuentran un horizonte de identificación y hallan el reconocimiento que les permite identificarse y apropiarse de su itinerario educativo, saber que sea cual sea su origen se podrán «comer el mundo con las manos».

El problema es que las jerarquías de rol, las desigualdades de posición y los tratos de favor o el menosprecio responden a lógicas culturales tan arraigadas en nuestra sociedad que se convierten en invisibles. Solo podremos subvertir unas relaciones desigualitarias poniendo el foco en desvelar lo implícito, al menos saber qué está pasando para poder transformarlo.

¿Qué ha funcionado para hacer el cambio de mirada? Aquellas prácticas que sitúan a todos los participantes en calidad de aprendices y con disposición de desaprender ideas profundas y escuchar otros saberes. Cito algunas que seguro que conocéis:

- La observación entre iguales: docentes que permiten a otros docentes que observen cómo imparte una clase en base a una metodología constructiva, pactada y recíproca de crecimiento profesional; alumnado que observa dinámicas de grupo con el encargo de fijarse en los aspectos de respeto, en los roles de poder y en la construcción compartida.

La pregunta relevante es si todas las criaturas y todos los jóvenes que pasan por la escuela encuentran un horizonte de identificación y hallan el reconocimiento que les permite identificarse y apropiarse de su itinerario educativo

- Los círculos de diálogo y las prácticas restaurativas que se dinamizan para que todos los presentes tengan las mismas oportunidades de voz y de reconocimiento, y todo pueda quedar dicho sin ánimo de herir, sino de restituir los vínculos.
- Los juegos de rol que permiten ponerse en el lugar del otro. Dinámicas del teatro social o del teatro del oprimido son muy sacudidoras para remover ideas profundas.
- Las dinámicas de aula o los proyectos de centro que abren la puerta a las aportaciones de todas las familias y permiten reconocer tradiciones diversas, porque lo que se les pide está en manos de todas: padres y madres que hacen talleres, que explican oficios, cuentos, que ayudan a conducir pequeños grupos de aprendizaje, etc.

2. El proceso de constituirse como comunidad de práctica

Los nuevos movimientos sociales se caracterizan por tener una naturaleza interna muy diferente a los antiguos movimientos de clase organizados en partidos políticos o sindicatos. Estos movimientos, desde los feministas hasta los que luchan por el clima o por el derecho a la vivienda, los sin tierra o los que defienden la soberanía de los pueblos indígenas, se caracterizan por ser muy abiertos, muy flexibles y muy inclusivos. No dan carnés ni cobran cuotas, y se basan en la plena conciencia de las personas implicadas de que merece la pena luchar por el propósito de transformación social. Se trata de una implicación subjetiva que no respon-

de a instrucciones ajenas, sino que se organiza como una comunidad de práctica.

Me interesan los autores como Boaventura de Sousa Santos, que califica estos movimientos de emancipatorios, puesto que siempre he pensado que la finalidad última de la educación es la emancipación. Las comunidades de práctica dedican tanto tiempo al proceso constituyente (que los zapatistas denominan la antesala) como a la lucha en sí: decidir cómo haremos las asambleas, quién será el portavoz, cómo estableceremos la agenda, cómo generaremos dinámicas de inclusión y de apoderamiento de las personas noveles en el movimiento, cómo forzaremos el orden establecido, cómo articularemos las propuestas constructivas, etc. Se trata de un ejercicio democrático en toda regla que en la escuela debería hacerse cada inicio de curso, cada vez que ponemos en marcha un nuevo consejo de alumnos, un nuevo consejo escolar o un nuevo proyecto comunitario con los agentes del entorno.

3. Un currículo centrado en conocimientos o en actitudes

A menudo nos hacemos la siguiente pregunta: ¿qué debe enseñar la escuela para educar a una ciudadanía democrática? En cierto modo, el brevísimo fragmento que he citado de Nussbaum iba por aquí. Pero creo que debemos dar un paso más y reconocer que actualmente los conocimientos son abiertos y accesibles, y lo que hace falta y es imprescindible es la actitud con la que nos enfrentamos a ellos. El aprender a aprender y el aprender a vivir juntos de Delors sigue teniendo más vigencia que nunca.

Es necesaria una actitud indagadora, constructiva y comprometida que se educa con todo un abanico de propuestas didácticas basadas en proyectos, en trabajo cooperativo, en la utilización de todos los lenguajes expresivos y también, y sobre todo, vinculada al entorno. Los proyectos de aprendizaje y de servicio son la gran fuente de experiencias cívicas del alumnado, que descubre dos cosas al mismo tiempo: que lo que aprende tiene un sentido y que puede ser útil a la sociedad.

Acabo con una alerta: soy consciente de que me he dirigido básicamente a los docentes, pero para que la educación de un país sea radicalmente democrática habría que revisar, desde la perspectiva de la igualdad y del poder, todos y cada uno de los estamentos del sistema y aplicar las mismas fórmulas que me atrevo a recomendar de las escuelas hacia adentro, y de las escuelas hacia afuera. ¿Os imagináis cuán útiles serían los círculos restaurativos en mesas presididas por consejeros o ministros? Solo desde una dimensión sistémica, y por tanto desde una voluntad política, será posible una transformación real de las condiciones para que la Educación en mayúsculas sea emancipadora. Mientras tanto, cada uno, desde nuestras prácticas, militamos para cambiar aquello que tenemos alrededor. •

Referencias bibliográficas

- DAHL, R. (2012): *La democracia*. Barcelona. Ariel.
- GIROUX, H. (2018): *La guerra del neoliberalismo contra la educación superior*. Barcelona. Herder.
- MEIRIEU, P. (2018): *Educar después dels atemptats*. Barcelona. Rosa Sensat.
- NUSSBAUM, M.C. (2012): *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Madrid. Katz.
- OLALLA, P. (2018): *De senectute politica. Carta sin respuesta a Cicerón*. Barcelona. Acantilado.
- SOSA SANTOS, B. de (2004): *Democratizar la democracia. Los caminos de la democracia participativa*. México. Fondo de Cultura Económica.